



www.loqueleo.com/ec

Iván Thays

editorial
promocional

Prohibida
su venta

El orden
de las cosas

© 2011, Iván Thays

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-751-1

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Mayo 2015

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Marzo 2017

Sexta impresión en Santillana Ecuador: Enero 2019

Edición: Ana Loli

Diseño de cubierta y diagramación: Patricia Soria

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.

loqueleto

Muestra
promocional

Estás lleno de secretos que llamas Yo.

PAUL VALÉRY

Prohibida
su venta

© Santillana



En mi mano derecha estaban aquellas fichas amarillas garabateadas con lo que había escrito durante el viaje en avión. Ideas sueltas. Algo que decir. Era todo lo que tenía, lo único que se me había ocurrido.

Al fin había llegado al pueblo. Estaba exhausto por el viaje imprevisto y, sobre todo, por tantos recuerdos. El taxi buscaba la dirección que le había dado. Iba lento, me permitía ver caras, casas, reconocer lugares. Le había pedido que me dejase dos cuadras más allá de la iglesia. Ya estábamos ahí. La misma vieja iglesia en medio del parque, quizá recién pintada, pero no por eso menos vieja.

¿Hacía cuánto que no regresaba? Veinte años. Veintiún años, en realidad.

Las casas habían cambiado el adobe por el ladrillo, la pista era de asfalto, menos árboles, más ventanas; pero aún seguía siendo la misma larga calle de un solo sentido que recorrí en bicicleta, una y otra vez, durante el día o en medio de la noche cerrada, el año que estudié en el colegio de aquel pueblo minero.

Di unos pasos arrastrando mi maleta por la vereda hasta la casa de Sebastián y Graciela. La casa no había cambiado mucho, apenas algunas modificaciones sin importancia. Seguía siendo imponente, la más grande de todo el lugar, con el techo altísimo y el lustroso patio de baldosas donde nos resbalamos todos alguna vez.

Graciela salió a recibirme.

Me dio un fuerte abrazo aun antes de decir mi nombre. «Han pasado más de veinte años —pensé—, y sigue oliendo a fruta». Solté la maleta y la abracé también. Me dijo algo al oído que no alcancé a escuchar. Nos separamos y nos miramos a los ojos, ahora sí reconociéndonos.

¿Tanto habíamos cambiado?

Yo había cambiado, eso lo sabía perfectamente. Ella también, pero seguía siendo hermosa e, incluso, inesperadamente juvenil.

—Espero que tengas el discurso preparado —dijo Graciela—. Todos están pendientes de escuchar al escritor famoso del que hablan los periódicos.

Metí la mano al bolsillo del saco, cerré el puño y apreté las fichas que apenas unos minutos antes había guardado ahí. Hubiera querido sacarlas, mostrárselas a Graciela, arrojarlas al vacío, desaparecerlas. Hubiera querido saber improvisar, decir algo que realmente saliese del corazón y no tener que depender de aquellas frases.

Y es que Sebastián se merecía algo mejor que unas fichas alineadas y enumeradas, garabateadas por alguien que quería dedicarle palabras, miles de palabras, que yo sabía que no en este momento sino luego, cuando regresase a mi casa, aparecerían en mi cabeza.

En algún momento las palabras, las verdaderas palabras que le debía a Sebastián, aparecerían. Y serían tan obvias, tan precisas, tan justas. Sería como descubrir, nítidamente, al fin, las palabras invisibles que desde hace veinte años daban vueltas en mi cabeza y en mi corazón.

Pero llegarían, ya lo dije, inevitablemente tarde.

Puede parecer curioso pero nunca he sido bueno con las palabras.

Es decir, no soy bueno para hablar en voz alta.

Prefiero escribir.

Cuando era un niño siempre escribía cartas. Les escribía cartas a mis amigos que vivían en varios países, a mis primos que vivían en Lima, a mis abuelos que también vivían en Lima. A mis padres les escribía cartas que pasaba por debajo de su puerta a la hora de la siesta. En ellas les decía, con una letra grande y redondeada, una letra fea, que los quería. O que no los quería. Que estaba triste o feliz. Eran cartas largas, cartas llenas de páginas, cartas llenas de frases, de ideas, de emociones. Cartas que no llegaban a ningún puerto, que en el fondo no querían decir nada concreto, simplemente existir.

No, definitivamente no era bueno con las palabras.

Pero Sebastián sí lo era.

Era extraordinario para hablar en público. Siempre terminaba en primer lugar en los concursos de oratoria. Y cuando había que dar un discurso en la formación, frente a todo el colegio, al único que la maestra señalaba sin dudar era a Sebastián. Él sabía que tenía

ese don, entre embaucador y extremadamente lúcido, por eso siempre buscaba que le tomaran los exámenes orales. O que la nota final fuese una exposición. Yo estudiaba mucho, leía todo lo que había que leer, leía a veces más de lo que los profesores nos pedían. Y a la mañana siguiente, mientras comía algo de su lonchera, adelantándose a la hora del almuerzo, Sebastián me decía: «Dime todo lo que sabes del tema». Le leía mis fichas. Le hacía un resumen rápido, desordenado, nervioso, sobre todo lo que había estudiado el día anterior. Luego, cuando llamaban a Sebastián a la pizarra y le pedían exponer sobre la Revolución Francesa o sobre las Cordilleras en el Perú o sobre el amor en *Cien años de soledad*, daba una explicación inteligente, ingeniosa, convincente, original, incluso audaz; pero sobre todo tan conmovedora que casi siempre terminaba con un aplauso escapado de dos o tres compañeros, además de la encandilada maestra.

—Eres un encantador de serpientes —le dijo una vez una profesora suplente que no quiso tragarse el don de Sebastián. Él se encogió de hombros y se echó a reír.

De todos modos, al final, su nota fue la mejor del salón.

—¿Cómo lo haces? —le pregunté aquella noche en la cabaña—. ¿Cómo puedes estar tan seguro a la hora de exponer sobre temas de los que, me consta, en realidad no sabes nada?

—Sé lo que tú me cuentas que has leído —se defendió.

—Pero eso no es nada, no los estudiaste, solo es un resumen.

—Con eso es más que suficiente. Lo que se necesita no es tener muchos conocimientos sino saber poco, pero ser muy ordenado. Te voy a poner un ejemplo...

Ni él ni yo sabíamos que esa noche en la cabaña, la noche de esa conversación tonta sobre el orden de las cosas, iba a cambiar nuestras vidas para siempre.

A veces quisiera retroceder el tiempo y que nunca hubiera ocurrido. No habernos visto entonces, vernos al día siguiente, jugar fútbol, conversar de lo que sea, seguir como antes. Pero es imposible. No se puede rebobinar el pasado. Y aun si se pudiese, quizá solo seríamos espectadores sin capacidad para cambiar las cosas.

Ese día, Sebastián y yo estábamos dentro de la cabaña, tendidos sobre unas viejas frazadas, mirando a lo lejos las luces de los autos sobre el puente. No había sonido alguno. Sebastián cogió una varita de madera y trazó una línea en la tierra removida.

—Así es la vida —dijo mientras hacía avanzar la vara sobre la línea trazada—. Un orden establecido, una línea, una sucesión de puntos. Ahora estás acá, luego más acá y luego llegas al final y se acaba. Lo que yo hago es colocar todo lo que sé, todo lo que tú me cuentas, en orden y ya está. Si sabes ordenar las cosas, todos pensarán que sabes de lo que estás hablando. Pero si eres un caótico, un desordenado, entonces, aunque seas un genio, pensarán que eres un tarado.

Me quedé pensando en aquel orden del mundo. Y en las intervenciones orales de Sebastián que tanto éxito tenían. Era cierto, todas seguían un mismo orden; primero, un dato coyuntural, una broma; luego, un

análisis del tema con los pocos datos que recordaba; luego una opinión personal dicha con énfasis; y finalmente, cerraba lo que acababa de decir con la misma broma del principio, pero dicha ahora con más seriedad, como si fuera algo determinante, como si lo que dijo al inicio descuidadamente, como si no importara, fuera en realidad lo único que quería decir.

—¿Y crees que todas las cosas en el mundo tienen un orden? —le pregunté.

—¿Y qué crees tú?

—Que no, que las cosas pueden ser a veces distintas. Que todo puede ser de otro modo. Y que es imposible saber cómo van a ser las cosas hasta que suceden.

Sebastián me miró directamente a los ojos. Parecía tratar de descubrir algo en mi mirada. Me escudriñaba. Luego, volteó el rostro hacia el río y dijo, decididamente triste: «A veces quisiera creer que es como tú dices. Pero no, en realidad todo sucede porque tiene que suceder. Hay un orden estricto en las cosas y nadie, nunca, escucha bien, nunca, lo podrá modificar».

En aquel entonces Sebastián era, de lejos, el chico más popular del colegio. No solo porque su padre era el gerente general de la mina de ese pueblo apartado del mundo, en la cual los padres de la mayoría de alumnos trabajaban, sino porque era el capitán del equipo de fútbol y el mejor jugador de la escuela, a pesar de estar solo en tercero de secundaria.

Y también por Graciela, claro está, su hermana melliza. La hermosa chica de la que todos estaban enamorados en secreto.

Gracias al fútbol me hice de inmediato amigo de Sebastián.

Mis padres y yo habíamos llegado a aquel lugar porque mi padre consiguió un buen puesto en la mina. Ingresé en tercero y el cambio fue muy fuerte. Venía de un colegio de Lima, donde las clases y los recreos eran muy distintos. Mi nuevo colegio era elegante, grande, con una cafetería estupenda, una biblioteca respetable, una sala de proyección que llamábamos (con más entusiasmo que veracidad) «cine» y profesores interesados en nosotros. Pero no dejaba de ser un colegio en medio de las montañas, los árboles y las acequias, y eso para un chico de Lima resultaba terriblemente aburrido.

Sin embargo, la verdadera diferencia entre ese colegio y el de Lima era el campo de fútbol. Este era un campo verde, bellissimo, que parecía la fotografía de un estadio europeo en plena Copa del Mundo. Estaba rodeado de graderías de concreto y los maderos de los arcos brillaban de blancos. En las noches, las redes eran guardadas en el vestidor, donde también había lustrosas pelotas, siempre del último modelo aparecido, y el césped era regado cada cierto tiempo por extensas mangueras.

Muchas veces me quedé a ver esa escena: El campo de fútbol apenas iluminado por la luna, los arcos sin redes, el silencio de las gradas y las mangueras vertiendo el agua, como serpientes que dejaban atrás su piel, sobre el verdísimo césped.

Como había venido de Lima, y siendo un colegio pequeño con un único salón por grado, no fue difícil

entrar al equipo. Debo admitir que también ayudó el azar. Yo era zurdo. Era el único zurdo del salón. Además, era muy veloz. Ya desde las primeras semanas, en clase de gimnasia, mientras hacíamos piques o carreras de cien y doscientos metros planos con cronómetro, Sebastián había descubierto mi velocidad.

Una tarde se acercó a mí y me preguntó si jugaba fútbol.

—Claro —le dije secamente, aún incrédulo ante la posibilidad de hacer un amigo *verdadero* en ese colegio nuevo.

—¿Y en qué puesto juegas? —insistió.

—En cualquier puesto, menos arquero —contesté. Y cuando intenté alejarme, me retuvo por un hombro y me dijo que al día siguiente, por la tarde, habían pedido la cancha para entrenar los de tercero.

—¿Por qué no te pasas por aquí? —me invitó, al tiempo que me preguntaba si tenía chimpunes. Le contesté que iba a pensarlo aunque sabía que, sin lugar a dudas, iba a asitir.

Y es que esa era mi oportunidad.

En mi colegio limeño era un jugador regular, mediocre más bien, dentro de un colegio enorme, bilingüe, con chicos de muchos países; siempre había alguien que jugaba mejor que yo en cualquier puesto que me ubicara. Pero, pese a ello, siempre lograba introducirme en los equipos B de grado o en la suplencia. Una vez, incluso, llegué a integrar un equipo A en primaria y conseguí una medalla de tercer puesto con mi selección.

El fútbol era mi gran, mi única pasión.

Sabía formaciones enteras de mis equipos favoritos, las historias de las copas del mundo, tablas de go-

leadores. Coleccionaba camisetas. Seguía las ligas de fútbol de Alemania, Inglaterra, Italia, España y Argentina, además de la peruana. Incluso, había abierto una cuenta en el banco y estaba ahorrando el dinero de mis propinas, mis cumpleaños y los trabajos eventuales que hacía para mis padres, con el objetivo de pagarme el pasaje para el Mundial de México, en 1986. Además, tenía lo que mi mamá llamaba «tu tesoro más preciado»: un autógrafo de Diego Armando Maradona que consiguió para mí mi papá en uno de sus viajes a Argentina. Aunque tenía un equipo favorito en cada país, por entonces yo era realmente fan del Boca Juniors y me habían regalado en un cumpleaños, traído desde Buenos Aires, el traje oficial Adidas con el número 10 en la espalda.

Mientras pensaba en la invitación de Sebastián, entendí que difícilmente en ese colegio de provincia podría haber jugadores mejores que yo; me daba por titular fijo. Por eso iría. Y además, moría de ganas de ver la cara de todos cuando me viesen llegar vestido como un jugador del Boca Juniors, con la camiseta oficial, entrando en estadio de provincia como quien entra en la Bombonera.

No me equivoqué en ninguna de las dos proyecciones.

En efecto, todos me miraron con asombro y envidia cuando vieron mi traje amarillo y azul, de raso, iluminado por las luces del crepúsculo serrano. Y, tal como predije, ninguno de ellos jugaba mejor que yo.

Ninguno, salvo Sebastián.

Él era un jugador auténtico, un jugador natural. Era de otro lote. Y no solo por su voz de mando, por su proyección en la cancha, su perfecta ubicación, sus

movimientos como calcados de los verdaderos jugadores que veía en televisión. Lo que tenía Sebastián era una especie de «explosión» que me dejaba impresionado. Cuando veía que la bola llegaba hacia él, aunque estuviese detenido, echaba su cuerpo hacia adelante, daba un pique y salía corriendo para alcanzar el balón y llevárselo hasta el área contraria, como si alguien hubiera encendido un cohete en su espalda. No era un jugador habilidoso, pero su fuerza arrastraba a los contrarios y era imposible detenerlo. Cuando pateaba hacia el arco, la pelota siempre reventaba con un sonido duro, seco, y salía disparada con una fuerza asombrosa.

Un «cañonazo» con todas las de la ley. Si no se estrellaba con estrépito en el palo, o pasaba silbando cerca del arco, era gol seguro. Imposible que un arquero, al menos uno de nuestro colegio, se atreviese siquiera a estirar las manos e intentar detener ese proyectil.

Sebastián jugaba de volante derecho. Tenía en su equipo un centro delantero bastante respetable, aunque algo lento, apellidado Zimic, a quien le decían «El Ciego» porque usaba lentes de contacto. Había, además, un chico muy flaquito y bajo de estatura pero que tenía una habilidad endiablada con la pelota en los pies, «Mateíto» Martínez. Nuestro arquero era un muchacho largo y tartamudo que prefería el básquet. El equipo se completaba con algunos jugadores menos notables, pero siempre empeñosos, entre los cuales siempre rotaba uno —nunca dos juntos, ni los tres— de los tres chicos del salón que se hacían llamar «Las Serpientes»: Samanez, Seclén y Sardón.

«Las Serpientes» oficiaban de reyes clandestinos de la clase; organizaban la destrucción y el caos, deci-

dían las travesuras, las bromas pesadas y los castigos a quienes se rebelaban ante su serpentínico poder. Terminaban siempre peleándose con alguien a la salida del colegio, o persiguiendo a las alumnas del colegio para espantarlas con piropos subidos de tono. Estudiaban kung-fu con un profesor particular, un chico que trabajaba en la mina como supervisor, y en los recreos se paseaban dando giros coreográficos con *nunchakus*, buscando pelea incluso con los chicos de cuarto o quinto de secundaria. A pesar de todo eso, respetaban a Sebastián como capitán del equipo. Y aquí debo insistir en que ese respeto no solo se debía a que su padre, como dije antes, era al fin y al cabo el jefe de casi todos los padres de los chicos de ese colegio, ni porque era un jugador de fútbol tres o cuatro veces mejor que el resto (y el preferido del profesor de gimnasia, del entrenador del equipo de tercero y de todos los profesores), sino, sobre todo, porque era el hermano mellizo de la bella, la perfecta, la inalcanzable Graciela.

Como mellizos, Graciela se parecía físicamente mucho a Sebastián. Ambos tenían la expresión felina, de ojos amarillos y cara redonda. Los ojos de Graciela, sin embargo, brillaban más bajo cierta luz y en contraste con su pelo bruñido. Tenían vida propia. Pero lo más resaltante es que Graciela tenía una voz hermosa, ronca, susurrante, que era aprovechada por los directores del colegio, usándola como protagonista de todas las veladas estudiantiles, donde se le imponía un programa lleno de baladas románticas acompañadas por dos chicos con guitarras acústicas y uno con un cajón peruano.

Sin embargo, en realidad Graciela era una chica rockera y odiaba esas baladas profesoriales. Componía unas letras llenas de ira, malas palabras e insultos a la sociedad. Alguna vez, con unas amigas, de niñas, participó en un concurso de televisión llamado *Yola Rocker* con una banda llamada «Cuatro Ratas». No consiguieron nada, pero los disfraces *punk* con que se vistieron eran memorables; Graciela llevaba esa foto en su cartera y no había que rogarle mucho para que la mostrase. Además, gracias a la insistencia de sus padres, también le gustaba el *jazz* y, a decir verdad, su voz, tan serena y profunda al mismo tiempo, estaba temperada mucho mejor para el *jazz* que para el *rock*.

La primera vez que la escuché cantar fuera del colegio fue en una reunión en su casa. También fue la primera reunión, de muchas, a la que asistí invitado por la familia de Sebastián, que poco a poco me fue tomando mucho cariño.

Desde aquel día que hablamos por primera vez, solíamos conversar mucho y yo lo acompañaba siempre hasta su casa en bicicleta. Muchas veces me quedé a almorzar con él, o incluso a cenar, con la excusa de hacer las tareas juntos.

Graciela siempre estaba encerrada en su cuarto o en casa de una amiga, así que la única oportunidad de verla era en las fiestas.

A esas fiestas también invitaban a mis padres, pero ellos jamás asistían. Mi padre era un huraño, un hombre silencioso en extremo, y mi madre solía perderse en los pasadizos de la casa, esperando que alguien la necesitase.

Yo no lo sabía, pero en aquellos días se llevaba una guerra sorda entre ellos.

La madre de Sebastián se sentó al piano —un inolvidable piano de pino rojo que presidía la sala, una reliquia familiar de un olor peculiar y las teclas de color marfil— y tocó una melodía tristísima que Graciela interpretó en inglés con una voz aun más opaca que la letra.

—Es una canción bellísima, pero me causa angustia —le susurré al oído a Sebastián.

—Es una composición húngara. Se llama «Gloomy Sunday». Hay una buena historia detrás de esa canción. Espera a que terminen y te la cuento.

Nos quedamos callados hasta que Graciela cantó las últimas tristes notas. Mientras aplaudíamos, Sebastián me contó la historia de «Gloomy Sunday». Había sido compuesta por dos húngaros y, desde que se interpretó por primera vez, se le conoció como «la canción del suicidio». Se dice que diecisiete jóvenes se suicidaron luego de escucharla o mientras la oían. Incluso uno de los compositores se arrojó al vacío desde un edificio. La anécdota me escarapeló el cuerpo, como siempre que me hablaban de la muerte a esa edad, pero quise evitar pensar en eso y preferí zafar con una broma:

—¿Qué te parece si llamamos por teléfono a nuestros profesores y les ponemos la canción? —le dije—. O pongámosla por el megáfono para todo el salón de profesores. Quizá tengamos suerte y alguno se mata.

Sebastián me escuchó con atención y afirmó con la cabeza, pero no sonrió. Estaba muy serio y miraba a través de la ventana. La noche había caído ya, y pronto tendría que regresar a mi casa.



Tal como lo había supuesto, no fue difícil entrar en el equipo titular de fútbol de tercero. Desde la primera práctica supe que un padre de familia llevaba el buzo de entrenador, pero el verdadero responsable del equipo era Sebastián. Fue él quien insistió en que debían aprovechar mi velocidad y, sobre todo mi zurda como volante. El entrenador quería colocarme de lateral por la banda izquierda, hundido en mi propia área, un puesto en el que yo me sentía más cómodo en realidad, pero Sebastián se impuso y terminé como volante, jugando sobre la línea de mitad del campo.

Al principio fue un desastre.

Era cierto que mi aceleración me permitía sumarme al ataque casi al mismo ritmo que Sebastián, lo que era bastante, pero el problema estaba en los contragolpes. Mi falta de físico me impedía bajar a defender cuando perdíamos el balón en el ataque, y antes del primer tiempo terminaba como un espectador que trotaba por el campo sin posibilidad de ayudar al equipo.

En la primera práctica terminé el partido sentado en la banca, mirando a mis compañeros correr tras el balón, decidido a discutir con Sebastián si se empeñaba en ponerme en un lugar tan exigente y no defendiendo, como sugirió desde el principio el entrenador.

—De ningún modo —Sebastián solía ser muy terco—. No puedes rendirte tan rápido. Recién es el primer entrenamiento.

—Simplemente no tengo físico, no puedo ser volante.

—Nunca digas «no puedo».

—Bueno... es que *no puedo* —insistí.

—Claro que puedes. La falta de físico no es problema. Yo sé cómo resolverlo.

Desde ese día, Sebastián empezó a pasar por mí todos los fines de semana, a las seis y media de la mañana, y me llevaba al río. Mis padres se sorprendían al verme salir tan temprano, pero pensaban que la vida de campo me hacía dormir menos y tener más energía.

O no pensaban nada y simplemente eran callados espectadores de mi vida.

En el campo nos dedicábamos a trepar cerros, saltar sobre piedras, colgarnos de los árboles, hacer piques. Estábamos ahí hasta la hora del almuerzo, y luego, en las tardes, si aún teníamos ganas de seguir entrenando, íbamos al gimnasio del colegio (que los fines de semana se convertía en gimnasio para adultos y me encontraba con varios padres y madres del colegio) para levantar pesas o usar algunas de las caminadoras.

Pasaron varias semanas antes de que sintiera que el método de Sebastián para mejorar mi físico daba resultados. Los entrenamientos en la cancha de fútbol se habían hecho más intensos porque debíamos jugar en un par de meses la Copa del Colegio contra los de cuarto y quinto de secundaria. Ahora nos quedábamos, como mínimo, dos veces por semana al final de las clases. Durante esas primeras semanas terminaba los partidos siempre en la banca, sintiéndome frustrado porque mi esfuerzo aún era inútil.

Sin embargo, el entusiasmo de Sebastián me obligaba a seguir adelante.

Por lo demás, no había nada más en qué pensar en ese lugar, así que prefería dedicarme a mis entrenamientos y mejorar mi condición física.

A mis padres no los veía casi nunca, mi casa resultaba aburrida, las tareas no eran muy exigentes. Por ello, mi amistad con Sebastián y los entrenamientos de fin de semana en el río, además de las prácticas, se volvieron, poco a poco, en el centro de mi vida. Y a medida que se acercaba la Copa del Colegio, además de mis propias ganas de calzar en el puesto de volante, tenía la motivación extra de ganar el torneo.

El primer partido de práctica que pude jugar completo fue memorable porque, además, anoté dos goles. Los celebré con un entusiasmo insólito en mí, más bien tímido en mis celebraciones cuando jugaba en mi colegio limeño. Corrí alrededor de la cancha y me dejé perseguir por los demás que gritaban, sacándome la camiseta, como si estuviera en la final de una Copa del Mundo.

Luego, en las duchas, Sebastián me dijo que debíamos celebrar los goles y, además, que al fin hubiera